

EL CASO DE ERNESTO Y SU FAMILIA



(Extraído de María Jesús Álava Reyes:
La verdad de la mentira. La Esfera de los Libros, Madrid, 2016)

Ernesto tenía 45 años cuando conocimos a su familia. Berta, su mujer, le había pedido hacía tres años que viniese a vernos, que necesitaba ayuda psicológica, que era un desgaste enorme vivir con él, pero no lo hizo, siguió con sus mismas costumbres, con sus quejas permanentes, hasta que un día su mujer le dijo que le dejaba, que había terminado con su paciencia y que, además, se sentía profundamente engañada.

Según nos relató ella, que fue quien finalmente vino a consulta, Ernesto llevaba quejándose toda la vida, desde pequeño. Su familia y sus amigos decían que siempre le recordaban intentando dar pena a todo el que se dejaba, pero su tragedia actual es que gran parte de esas quejas, supuestamente basadas en su mala suerte, en que sus hermanos eran más brillantes, en que en el trabajo no le valoraban, en que los compañeros le hacían la vida imposible, en que tenía una salud endeble..., se habían vuelto contra él.

Su castillo de naipes se vino abajo cuando sus mentiras quedaron al descubierto: No era cierto que su salud estuviese resentida; tampoco que en su trabajo sufriera acoso y por eso no le promocionaban; su salario era superior al que oficialmente había comunicado a Berta, su mujer; de hecho, había «escondido» una cuenta en un banco, adonde desviaba una parte de su retribución.

Tenía tal costumbre de mentir para dar pena que llegó un momento en que su vida se había convertido en una gran mentira; mentira que, cuando estalló, le condujo a su soledad actual.

Su historia era bastante típica. Era el segundo de un total de tres hermanos. Su hermano mayor era muy brillante y su hermana pequeña, muy responsable, alegre y sociable.

Es posible que al principio, de pequeño, intentara compararse con su hermano mayor, pero pronto debió de sentir que él no era tan inteligente, ni tan brillante, ni tan buen deportista; así que escogió otro camino para destacar, para tener protagonismo y empezó a cimentar su fama de chico endeble, que no comía bien, que no hacía deporte porque se cansaba, que tampoco estudiaba mucho porque se sentía débil...

Su madre fue su mejor aliada y su peor ayuda. Siempre sintió pena por él, pues pensaba que, al contrario de sus hermanos, no destacaba por nada. Ernesto fue un

chico muy sobreprotegido por ella, y pronto se dio cuenta de que «aparentar debilidad y cansancio» tenía sus ventajas.

Con su padre la relación era muy distante; en el fondo, su progenitor pensaba que su madre le estaba echando a perder y que su hijo se había convertido en un chico débil, sin espíritu de superación, que siempre estaba intentando dar pena, especialmente a su madre.

Sus hermanos siempre le vieron como un caso perdido, pero como eran buenas personas, intentaban ayudarlo en todo lo que podían: con los estudios, con los amigos...

Cambió de carrera dos veces y al final terminó una carrera media en una universidad privada, con una matrícula cara y poco nivel de exigencia hacia los alumnos. Su familia entonces «lo colocó» en una empresa a través de un contacto del padre y nunca había cambiado de empresa. En realidad, tenía un buen sueldo (aunque siempre había mentido a su mujer sobre este tema) y sus padres les habían ayudado a pagar el piso donde vivían.

Sus amigos le rehuían desde hacía años y solo conservaban ciertas relaciones gracias a los esfuerzos de su mujer.

Según nos contó Berta, el drama surgió cuando la hija mayor quiso marcharse un curso a estudiar fuera de España, antes de empezar el bachillerato. A toda la familia le pareció muy bien, pero él se negó, argumentando que no tenían dinero para ello. Seguramente, lo que pretendía era dar lástima para que los abuelos pagaran el curso en Estados Unidos, pero el padre conocía con bastante exactitud el sueldo de su hijo y las cuentas no le cuadraban.

En aquel momento, su mujer no lograba entender la actitud de Ernesto. Era cierto que no nadaban en la abundancia, pero, restringiéndose un poco, podían costear perfectamente el curso de su hija. Cuando se lo dijo, a él no se le ocurrió otra excusa que inventarse que no podían disponer de ese dinero, pues no se sentía bien de salud y quizá lo podrían necesitar en un futuro; no obstante, puntualizó, si tenía tanto empeño podía pedir el dinero a sus padres. Conviene aclarar que los padres de Berta vivían con una pensión muy modesta y su capacidad de ahorro era, por tanto, muy limitada.

Finalmente, un día todo se descubrió, como suele suceder en estos casos, por casualidad. Ernesto llevaba tres semanas sin aparecer por casa de sus padres, intentando tensar la cuerda para que el padre cediera, y diciéndole a su madre que estaba muy débil, muy cansado; que creía que tenía colon irritable y que todo se debía a la tensión que soportaba y a la poca generosidad de su padre. Su madre, preocupada, decidió ir a verle a casa y, de paso, llevarle la correspondencia que durante esas semanas había recibido en su domicilio; correspondencia de un banco, de una cuenta que su hijo tenía desde hacía muchos años. Pero cuando llegó a casa, Ernesto aún no estaba. Dejó las cartas encima de la mesa del salón y Berta, al verlas, las miró sorprendida, pues no sabía que su marido tuviera una cuenta en aquel banco... Al final, cuando Ernesto apareció y vio las cartas, se puso tan nervioso y cogió la correspondencia con tal premura que su mujer exigió ver esas cartas.

El resultado final fue que nuestro protagonista llevaba años desviando una parte de su salario a esa cuenta, que estaba solo a su nombre. Empezó a hacerlo a los pocos meses de casarse, por lo que, en la actualidad, había acumulado una cantidad de dinero muy importante, que daba para pagar varios cursos de sus hijas en el extranjero.

Su mujer se sintió tan engañada, tan sorprendida en su buena fe, tan quemada por esa actitud egoísta que decidió que no quería seguir unida a un hombre que no le aportaba nada, que solo pensaba en él, que se pasaba la vida quejándose, intentado dar pena, haciéndose el enfermo..., sin importarles nadie más. En ese momento, decidió que necesitaba ayuda para poder liberarse del sentimiento de pena que su marido le inspiraba y acometer otra etapa nueva en su vida, en la que no hubiera más mentiras, más engaños ni más manipulaciones.

Ernesto reaccionó como cabía esperar. Primero, negándolo todo, diciendo que el dinero no era suyo, que no le pertenecía, que le estaba haciendo un favor a un amigo que estaba separado

para que su mujer no le dejase en la ruina...; después, cuando vio que era imposible mantener esa mentira, se hizo el enfermo, se metió en la cama, dejó de comer... Pero nada le dio resultado; esta vez la decisión de su mujer era muy firme: aquella gran mentira había puesto al descubierto la verdad de la vida de su marido, sus miserias y egoísmos, cómo llevaba años tratando de dar pena a los demás mediante el engaño y la manipulación de sus sentimientos.

Cuando Berta vino a vernos, su objetivo era claro: coger distancia emocional, dejar de sentirse mal por liberarse de una persona tan egoísta, tan llena de mentiras, que solo pensaba en sí mismo. Además, estaba muy preocupada por sus hijas y quería que la ayudásemos para que la separación les afectase lo menos posible. Sabía que no había otra opción, pero tampoco quería revelarles a las niñas el auténtico motivo que la había llevado a tomar esta decisión; por encima de todo, quería evitarles el daño y el desengaño de descubrir a un padre egoísta y manipulador. Y lo conseguí. Sus hijas aceptaron bien la separación; en realidad, aunque estaban en plena adolescencia, no mostraron la más mínima rebeldía; en el fondo, conocían bien a su padre y se daban cuenta de que era un egoísta. No tuvieron ninguna duda; quisieron quedarse con su madre, a pesar de que el padre intentó presionar y amagar a Berta diciendo que iba a pedir la custodia compartida, pero todos fueron conscientes de que lo hacía más por un motivo económico que porque le interesasen de verdad sus hijas.

Cuando vio que todo estaba perdido, Ernesto insistió en que quería venir a consultarnos. Berta accedió, pues era una gran persona y, a pesar de todo, no le guardaba rencor; no obstante, como nos temíamos, su objetivo no era que le ayudásemos a cambiar, a crecer, a ser una persona madura, capaz de abandonar la mentira en la que había vivido toda su vida; lo único que quería era que convenciéramos a su mujer para que volviera con él. Cuando se dio cuenta de que sus intentos eran infructuosos, que nunca íbamos a entrar en su «juego», empezó a representar el resto de su repertorio: se hizo el enfermo, el deprimido..., hasta que un día, de forma muy tajante, le dijimos que nuestra misión no era encubrir engaños, sino destapar las mentiras y posibilitar que las personas afrontaran su verdad. Le podíamos ayudar para que reaccionase y comenzar una nueva etapa en su vida en la que la mentira se quedara en el pasado, si él decidía empezar a vivir desde la verdad.

Solo cuando se convenció de que había tocado fondo, de que nadie, ni tan siquiera su madre, iba a caer en sus mentiras, empezó a reaccionar, pero el pronóstico en estos casos resulta poco optimista. Lo habitual es que, más pronto que tarde, los mentirosos como Ernesto intenten buscar otra víctima a la que seguir mintiendo, una persona sensible que sienta lástima y que les haga la vida fácil. Alguien con la generosidad que él nunca sintió.

En definitiva, ¿cómo podemos actuar con una persona cercana que trata de engañarnos para darnos pena y conseguir así los cuidados y la atención que no se merece y que no se ha ganado? La respuesta es clara, tenemos que desnudarlos ante sus mentiras, enfrentarlos a sus miserias, y la mejor forma de hacerlo es retirándoles nuestra atención, impidiendo que se aprovechen de nuestro afecto y de nuestra generosidad. Si con sus mentiras no obtienen lo que buscan, habrá alguna posibilidad de que rectifiquen y sean conscientes de que deben cambiar, pero si por lástima o por pena seguimos prestándoles atención, solamente conseguiremos que sigan siendo unas personas inmaduras y egoístas, que no merecen el cariño ni el respeto de los demás.

La pena es para las personas que sufren, no para los impostores que tratan de aprovecharse de nuestro afecto y de nuestra sensibilidad.

Berta, sus hijas, sus suegros y sus cuñados, todos tuvieron claro que Ernesto no necesitaba su apoyo, sino su reprobación, y la mejor forma de ayudarle fue desde el alejamiento.